

Agostina Marchi. Universidad de Buenos Aires (Argentina): **“Biopolíticas y cuidado de sí: acerca de los territorios subjetivos”.**

Dice Giorgio Agamben en “La inmanencia absoluta”: “... debemos llegar a ver siempre en el principio que permite la asignación de una subjetividad, la matriz misma de la desubjetivación, y en el mismo paradigma de una posible beatitud, el elemento que signa la sumisión al biopoder (...) La vida beata ahora yace sobre el mismo terreno en que se mueve el cuerpo biopolítico de Occidente”¹.

La subjetivación, entendida ésta como proceso que habilita la vida en tanto “demarca” un territorio subjetivo determinado, parece inevitable: no hay pensamiento de lo no subjetivo que no reconozca, al mismo tiempo y aunque sea de mala gana, la necesidad *vital* de puntos fijos. Gilbert Simondon, filósofo francés contemporáneo a Foucault, dedica toda su obra al proceso –que no principio– de individuación sin dejar por ello de concederle existencia al individuo (que no obstante queda entonces definido como el resultado siempre relativo e incompleto del proceso de individuación, que no termina nunca). Gilles Deleuze y Félix Guattari advierten, en numerosísimas ocasiones, lo peligroso de todo acontecer «desterritorializante» siempre que éste no proceda por fases, siempre que no se vea acompañado de continuas «re-territorializaciones». La reflexión de quien nos ocupa en esta ocasión no es distinta en este punto: la categoría de «cuidado de sí» sólo cobra todo su sentido en tanto es contrapuesta, no al o a los procesos de subjetivación en tanto tales, que son inevitables o, mejor, inherentes a todo vivir, sino a la existencia de determinados modos de subjetivación estandarizados y bien precisos (sean éstos los involucrados en una sociedad de soberanía, en una sociedad disciplinaria o en una sociedad de control).

No hay vida (*bíos*) sin territorio. No hay vida sin sujeción de y a determinados puntos fijos. Y no hay, por supuesto, *zoé* posible sin *bíos* territorializado. Pero, al mismo tiempo, lo que cabe preguntarnos es: ¿qué determina los puntos fijos?; ¿cuáles son esos límites que demarcan nuestro territorio subjetivo?; ¿cuál es la relación que tenemos con esos límites, con esos puntos, con esas demarcaciones? Más aún, ¿los conocemos?, ¿sabemos de ellos? En términos del «conócete a ti mismo» griego, no hay vida apolítica desde el momento en que quien vive sabe que vive (no hay en el mundo griego diferencia entre filosofía y política: conocerse a sí mismo *es* llevar adelante una política de sí). Así, si «vida», si nuestra «vida» puede ser reducida simplemente a *bíos* administrable (por otros o por nosotros mismos) es porque entonces no somos ya conocedores de nuestra condición de vivientes ni, por tanto, de nuestros propios límites, de nuestras propias marcas. Ante el aparente mandato actual de transformarnos en “empresarios de nosotros mismos”, el problema de la vida en términos de subjetivación parece transformarse en un problema de *zoé*, de vida políticamente calificada *a la griega* o, mejor aún, de vida que debe recuperar su politicidad inmanente. El cuidado de sí foucaultiano es una práctica que opera, igual que cualquier otra práctica biopolítica, sobre los límites de determinado modo de subjetivación y, por tanto, sobre la vida misma, enraizada como está esta última en esos límites. El campo, la superficie de “aplicabilidad” de cualquiera de esas prácticas es por ende el mismo; de lo que se trata es de saber, de saborear los propios límites (cuidado de sí) o de, de nuevo en términos griegos, transformarse sencillamente en un esclavo de límites ajenos.

¹ El texto citado de Agamben, así como los textos de Deleuze y Foucault a los que hace referencia (“La inmanencia: una vida...” y “La vida: la experiencia y la ciencia” respectivamente) fueron traducidos al español y editados bajo la compilación *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*, Giorgi, Gabriel y Rodríguez, Fermín (comps.), Buenos Aires, Paidós, 2007 (pp. 90-92).